



Revista Mexicana de Investigación Educativa

ISSN: 1405-6666

revista@comie.org.mx

Consejo Mexicano de Investigación Educativa,
A.C.
México

Parent Jacquemin, Juan María

Reseña de "Tiempos de revuelo: juventud y vida escolar (El Instituto Científico y Literario del Estado de México, 1910-1920)" de Antonio Padilla Arroyo y María del Carmen Gutiérrez

Revista Mexicana de Investigación Educativa, vol. 11, núm. 28, enero-marzo, 2006, pp. 327-332

Consejo Mexicano de Investigación Educativa, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14002816>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Reseña

Padilla Arroyo, Antonio y María del Carmen Gutiérrez (2004). *Tiempos de revuelo: juventud y vida escolar (El Instituto Científico y Literario del Estado de México, 1910-1920)*, México, DF: Universidad Autónoma del Estado de Morelos/Miguel Ángel Porrúa.

DE TIEMPOS DE CONMOCIÓN Y OTRAS VICISITUDES

JUAN MARÍA PARENT JACQUEMIN

Leer un libro es enriquecedor, presentarlo es dar volumen a la lectura y criticarlo es internarse en el texto, es una segunda lectura, es una convivencia. Ayer (un ayer largo) leí y hoy presento y critico el libro de Antonio Padilla, colega y amigo, que versa sobre la vida del Instituto de Toluca en una época particularmente interesante, a partir de la visión del historiador.

El Instituto es una colectividad porque son personas que han dejado una huella, más aún han creado un estilo en la ciudad de Toluca. Hoy siguen viviendo algunos ex institutenses que confirmarían esta aseveración. Padilla nos avisa desde la primera página: “[del Instituto] porque es un buen ejemplo, naturalmente con las limitaciones y alcances propios de su espacio y de su tiempo, de uno de los establecimientos más representativos de las cultura y ciencias del país”. Apuntamos esta importante oración que va más allá de una lectura histórica; nos coloca, con una visión de cultura, ante un hecho social, intelectual y tal vez religioso (o antirreligioso) que hace sentir su presencia y su fuerza hasta hoy.

El libro de Padilla nos muestra, precisamente, esta característica; en él se habla sobre todo de personas ubicadas correctamente en su medio y las inter-reacciones que ocurrieron en este contexto. La escritura es propia de un científico, en este caso un historiador, que sabe tomar distancia de los

Juan María Parent es profesor emérito de la Unidad de Estudio, Promoción y Divulgación de la no violencia de la Universidad Autónoma del Estado de México. Paseo Tollocan núm. 1402, Cerro de Coatepec, CP 50110, Toluca, México CE: juanparent@hotmail.com.

acontecimientos y de las personas para dejarnos la opción de una interpretación o de nuevas preguntas. Sin embargo subrayo, un poco al azar, la siguiente frase:

En la comunicación que enviaron las autoridades educativas estatales al director del plantel, se mantenía en la correspondencia oficial el nombre de 'Porfirio Díaz'. Aunque pudiera ser intrascendente esta omisión, resulta extraño de cualquier manera...

Antonio Padilla no pudo quedarse con el simple hecho, le llama la atención y nos la comunica, recalca para nosotros un dato, nos indica: ¡cuidado! Hay aquí un tropiezo histórico que califica según su criterio, que es el que compartimos ciertamente todos: las dudas y los rechazos que surgen cuando de Porfirio Díaz se trata.

Una primera nota que sostiene la lectura de este libro es la elección de una época, calificada por el autor como crítica; dice: "Uno de los momentos privilegiados para el estudio de las instituciones educativas y de la cultura escolar de la que son portadoras, lo constituyen los tiempos de crisis y conflictos porque es cuando se revela su funcionamiento real..." y se asoma la mirada satisfecha de Michel Foucault, quien es otro escrutador de las crisis.

El Instituto revisó y corrigió planes de estudio, creó nuevos programas. Con estos cambios, la situación difícil se hace más patente; sostiene: "los tiempos de crisis y conflictos [...] revelan su funcionamiento real y se manifiestan con toda claridad las finalidades que le fueron asignadas". Me permití citar textualmente este párrafo porque es importante, gracias a los trabajos como el que estamos comentando, distinguir qué fue el Instituto y en qué medida podemos afirmar, como algunos lo hacen, que este plantel educativo fue el inicio o el fundamento de la universidad de hoy. Afirmación que es necesario analizar más a fondo como lo hace muy acertadamente el autor. Pero, ¿en qué consistía esta crisis? Desde el ángulo intelectual, cita a Álvaro Matute: "un rasgo distintivo de esta etapa fue la descomposición del positivismo y la incorporación de nuevos paradigmas científicos y sociales".

Padilla toma para sí esta caracterización de la crisis con la que yo tendría dudas. Si observamos la Universidad Autónoma del Estado de México hoy, en este año de 2005, salta a la vista por doquier el imperio

de este mismo positivismo o, si se quiere, de sus retoños que son tan jóvenes como lo fue la mata regada abundantemente por Benito Juárez y Gabino Barreda.

Otra característica del Instituto fue su ubicación política, muy difícil de definir para estos diez años reseñados. Comenta Padilla: “Por eso no resulta exagerado afirmar que la sociedad toluqueña, sede del poder político, tuvo como uno de sus rasgos sobresalientes su carácter plegadizo y oscilante que lo mismo se definía como maderista, huertista cuanto zapatista o constitucionalista”. Este comportamiento también se proyectaba hacia el Instituto que sufría el crujir de las tensiones políticas y, por ende, para la institución educativa la imposibilidad de adoptar una posición y una definición precisa y más clara. La educación, por consiguiente, sufrió también este vaivén que se resume en 20 gobernadores en diez años, según recuento del autor.

Más adelante, el autor insiste en estas dificultades, que le sirven para comparar la realidad política con la académica del establecimiento educativo. No obstante el “estado de agitación” que reinaba en la entidad, las actividades escolares habían permitido que el aprovechamiento de los alumnos fuera excelente si se consideraba que sólo ocho por ciento “de casos desgraciados es un tipo que puede considerarse como muy bajo”; las autoridades del plantel se lisonjaban porque era un porcentaje muy bajo de alumnos que “no habían aprovechado sus exámenes”. Aquí apuntamos dos observaciones históricas y académicas. En páginas anteriores, estas mismas habían afirmado que las calificaciones eran bastante malas y ahora “con algunos cambios” la gran mayoría de los jóvenes estudiantes concluía sus pruebas exitosamente. Años más tarde se dice:

De cualquier manera, los responsables de éstas coincidían en que era indispensable dar un tiempo prudente para realizar repasos generales y con ello lograr que todos los estudiantes adquirieran los conocimientos suficientes para ser examinados y que los aprobara el mayor número de ellos.

Situación parecida a la de hoy en que no se puede reprobar en la escuela primaria, y en las maestrías no conviene reprobar: es mal visto por el medio que se llama, sin embargo, académico.

La segunda observación se refiere, de nuevo, al desorden social y la influencia que tuvo sobre el Instituto, bastante fuerte al parecer. Hubo

una relación controlada sobre lo que el Instituto hiciera en materia política: había que seguir el régimen:

Acaso un hecho por demás contundente del grado de tirantez que habían alcanzado las relaciones entre el gobernador y profesores fue la exigencia que el primero impuso para que cualquier propuesta de contratar profesores fuera acompañada “de dos cartas de miembros del ejército o de personas adictas a la revolución” [...]

Esta cita nos sitúa en la verdadera crisis del Instituto de Toluca. Que una institución de educación superior –o media o de cualquier nivel– tenga que atenerse a lo que dice el Ejército es sumamente grave ya que la rigidez propia de las fuerzas armadas es una contraposición absoluta de la vida y el pensamiento universitarios. Esta reflexión de Antonio es sumamente interesante y enriquecedora porque nos permite pensar algo más las características de una universidad donde el pensamiento debe ser libre. Pero, ¿el Instituto era una universidad en ciernes? Leemos:

Por eso, consideraba conveniente reducir los estudios a cuatro años, tiempo suficiente para que los estudiantes obtuvieran habilidades y destrezas para enfrentar la vida y obtener los conocimientos para emprender los estudios profesionales en las Facultades de la Universidad Nacional.

Así, sabemos que era una escuela preparatoria con la doble función de preparar para la vida y para los estudios superiores. Nos remite a lo que vivimos, truncado, en nuestras escuelas preparatorias que son casi exclusivamente pensadas como preparación para la universidad, cuando es de todos sabido que la inscripción al nivel superior, primeramente, y la deserción, luego, hacen que sólo una fracción de preparatorianos lleguen a terminar una carrera.

De hecho, es José Vicente Villada el que formalmente quiere transformar el Instituto en escuela preparatoria; se evidencia mucha confusión al respecto en este proyecto de Villada:

De este modo, las reformas iban dirigidas a proporcionar una formación que no se limitara a la simple instrucción, sino a la educación física [Villada era militar], moral e intelectual, preparando a sus estudiantes tanto para cursar

con éxito los estudios profesionales como para enfrentar cualquier obstáculo que la lucha por la existencia les pusiera.

Ya es menos preparación para la universidad que para la vida, objetivo que sería bueno volver a inculcar en los que piensan la escuela preparatoria. Un dato económico une al pasado con el presente. Dice Padilla: “Reconocía que sus salarios eran bajos e insuficientes para cubrir sus necesidades materiales y las de sus familias, lo que los obligaba a recurrir a otros empleos”. Parece que el autor se refiere a la situación actual. La universidad como calca del Instituto en este renglón; y apuntemos que no sólo los profesores que dictan cuatro o cinco materias, sino los mismos tiempos completos buscan ingresos fuera de la escuela.

La explicación de este fenómeno se explica un poco más adelante: “Si bien las autoridades autorizaron la licencia, ofrecieron medio sueldo para que la otra mitad se distribuyera entre las personas que habrían de sustituirlo, alegando ‘las difíciles circunstancias’ por las que atravesaba el erario estatal”. Es el momento para comentar que un hecho semejante se da en nuestros días, donde hay directivos que pretenden que el apoyo al desempeño académico sea repartido de manera equitativa entre todos, retirando, de los que reciben más, lo que se requiera para darlo a los que reciben menos, olvidando así que el trabajo y la producción académica son criterios objetivos para la asignación de los recursos o de las becas.

Concluyo con las mismas ideas que nos expresa Antonio Padilla. La lectura de la historia no es solamente la sacudida de fetiches del pasado sino reconocer de dónde venimos en materia educativa. Y hemos observado que existe una tradición de siglos en las maneras de comportarse tanto los estudiantes como los maestros, añadiendo que la universidad tiene su propia tradición que se mantiene, y seguramente se mantendrá, ya que atravesó muchas épocas distintas, represivas a veces, pero siempre vigilada por un marco social que teme la libertad, la originalidad, los ensayos y pruebas tan vitales en la vida académica: “Esto favoreció la profundidad por la que pudo observarse y comprenderse la naturaleza de las variaciones que germinaron, décadas después, en la fundación de la Universidad Autónoma del Estado de México”. Nos entendemos mejor después de haber leído y asimilado la gran experiencia del Instituto aquí relatada en un periodo particularmente fértil.

En su conclusión, Antonio apunta de nuevo hacia la definición de lo que es una universidad a partir del ejemplo analizado del Instituto. Transcribo:

Al final de cuentas, unas y otras [habla de las élites políticas y culturales] fueron parte del proceso que enriqueció a la misma institución y fueron prueba irrefutable de que las organizaciones educativas son capaces de guardar su memoria y su identidad, aun en fases de desequilibrio y transformación y, de manera simultánea, impulsar los cambios imprescindibles [aquí define la universidad que debe ser] para actualizar sus formas de reclutar, formar y educar a quienes serán parte de las élites en el sentido de creadores, productores y divulgadores de saberes, conocimientos, prácticas y normas que orientan el sentido de la sociedad o que la acompañan en la dirección que desean imprimirle.

Dejaré la segunda parte del libro escrito por María del Carmen Gutiérrez Garduño, intitulado “En pos del futuro” y que augura una lectura igualmente fascinante como la anterior que acabamos de comentar.